MIGUEL HERNÁNDEZ, IMPULSOR DE LA GUERRA DE GUERRILLAS

Por
EUTIMIO MARTIN
(Universidad de Aix-en-Provence)

Una fecha de alistamiento escurridiza

Cuando Miguel Hernandez se alista el 23 de setiembre de 1936 en las filas del Quinto Regimiento ¿es ya miembro del Partido Comunista? ¿Se inscribe también entonces? En todo caso, no debió de mediar mucho tiempo entre ambas gestiones. En la declaración indagatoria a que fue sometido, tras su detención en Orihuela, con fecha de uno de octubre de 1939, consta literalmente: «en septiembre del treinta y seis se afilió al partido comunista».

El alistamiento de Hernández como voluntario, relativamente tardío –han pasado ya dos meses largos desde el inicio del conflicto– no encajaba dentro de una ejemplar militancia comunista y no lo han digerido los ortodoxos camaradas escritores que se han empeñado en enrolar a su emblemático colega entre los milicianos de primera hora. José Herrera Petere, deja entrever en *Acero de Madrid*[1] que fue durante al asalto al Cuartel de la Montaña cuando vio al oriolano haciendo cola para el alistamiento. Y, ya sin rodeos, lo afirma en un manuscrito inédito: «Fue cuando en julio te presentaste voluntario en el 5° Regimiento»[2]. A Herrera Petere le hacen eco Elvio Romero y Rafael Alberti. El poeta paraguayo, en su hagiografía: *Miguel Hernández. Destino y poesía*, no le deja a Hernández irse a Orihuela, en julio del 36, sin antes haberle incorporado al 5° Regimiento. El gaditano, en *La arboleda perdida*, le considera «voluntario desde aquel mismo insurreccional día 18 de julio»[3].

Pero el propio poeta no está exento de responsabilidad en el desaguisado cronológico que él mismo inicia y difunde por mor de la obligada ejemplaridad combativa. En el número de *Milicia popular. Diario del 5° Regimiento de milicias populares* (19 de enero de 1937), hizo Miguel Hernández alarde de una militancia activa, a todas luces exagerada: «Salimos al aire de la guerra en los últimos tiempos del mes de julio». Y lo rubricó en el título mismo del artículo en cuestión: «Los seis meses de guerra vistos por un miliciano». Pero en el órgano oficial del Partido Comunista: *Nuestra Bandera* (14-11-1937), no se permitirá libertad ninguna con la cronología: «Entré en las primeras trincheras a primeros de octubre».

Sabido es que el detonante de su incorporación al 5° Regimiento fue el asesinato de su admirado Federico García Lorca. Así lo declaró él mismo públicamente en el Ateneo de Alicante: «su sangre, bestialmente vertida, el llamamiento más imperioso y emocionante que siento y que me arrastra hacia la guerra». Ahora bien, Miguel no se entera del crimen hasta mediados de septiembre. Es el 12 de septiembre de 1936 cuando le pregunta por carta a José María de Cossío: «¿Es cierto, cierto lo de Federico García Lorca?». Hernández ha eludido el insoportable término que se imponía: «muerte» o «crimen», e intenta diluir su emoción en la vaguedad de ese «lo».

No nos parece que haya que conceder excesiva importancia al carácter escurridizo de la fecha de enganche en la militancia bélica. Obedece a un interés partidista facilmente comprensible dentro de las coordenadas del Partido Comunista.

Reviste, a juicio nuestro, más señalado interés biográfico la publicación en *El Mono Azul*, con fecha 24 de setiembre de 1936, del poema «Vientos del pueblo» (que corresponde a «Sentado sobre los muertos»). Es obvio que su autor había entregado ya el texto para su publicación cuando se inscribió la víspera como voluntario. Diríase que esperó a que le aceptaran el poema para proceder al alistamiento. Como si antes de que le notificaran el puesto de combate a que le destinaban, hubiera entregado una tarjeta de visita, implícita en ese poema, donde señalaba su identidad profesional. En la ficha de inscripción rellenó la casilla «profesión»: «mecanógrafo». No se atrevió a escribir «poeta» como él entendía que era su oficio; pero dejaba astutamente la puerta abierta para el ejercicio de la poesía durante la guerra desde el momento en que solicitaba indirectamente el instrumento de trabajo de todo mecanógrafo, tras haber demostrado con el poema «Vientos del pueblo» su valía literaria. Sin embargo, el encargado de la distribución de destinos no debió de captar la indirecta ni quedar excesivamente impresionado por el poema (en el supuesto de que lo leyera). Tras una elemental preparación cuartelera, fue incorporado a las fuerzas de El Campesino en un destacamento de zapadores donde el uso del pico y la pala no excluían el manejo del fusil. En el crucial 6 de noviembre libró combate en Boadilla del Monte con el Batallón de Acero (adscrito al 5° Regimiento) y se enorgulleció de su participación en la defensa de Madrid: «una bala rasgó por el hombro izquierdo mi chaqueta de pana, que conservaré mientras viva».

Miguel Hernández abandona el pico y la pala por la pluma y el micrófono

En una especie de curriculo personal Hernández refiere a sus oyentes en el Ateneo de Alicante: «Cinco meses estuve con El Campesino [...] A primeros de febrero marché a la Andalucía con el comandante Carlos»[4]. Su destino: «El Altavoz del Frente». Abandona definitivamente el pico y la pala por la pluma y el micrófono.

El traslado de Miguel Hernández a un puesto más en consonancia con sus disposiciones literarias parece haber contado con padrinos. A Emilio Prados se le asigna un papel de intermediario y el periodista cubano Pablo de la Torriente-Brau reivindica su mediación en su libro de crónicas: *Peleando con los milicianos*. Nos dice que fue en Alcalá de Henares donde «descubrió» al poeta el dia 23 de noviembre de 1936. Y añade: «estaba en el cuerpo de zapadores, lo nombré jefe del Departamento de Cultura».

No descartamos que se llevaran a cabo posibles gestiones en favor del oriolano para que pudiera desempeñar el irrenunciable oficio de poeta. Ahora bien, Miguel Hernández no necesitaba introductor de embajadores para dirigirse, por propia iniciativa, a quien considerara que podía facilitarle el desempeño de la actividad poética a la que se sentía ineludiblemente abocado. Era evidente que el manejo del pico y la pala le entusiasmaba tanto como antaño el pastoreo de las cabras. Había abrazado el oficio de poeta y estaba empeñado en ejercerlo tanto en la guerra como en la paz. Y no tardó en hacérselo saber, personalmente y sin rodeos, a quien más eficazmente podía satisfacer su demanda: Vittorio Vidali. Conocido en las trincheras como «comandante Carlos», era el comisario político del Quinto Regimiento y a él se debía en buena medida su organización y máxima responsabilidad. En *Spagna, lunga bataglia*, Vittorio Vidali testimonia: «He conocido a Miguel Hernández en octubre de 1936 (en Madrid, bajo las bombas), modesto, reservado,

con su indumentaria de miliciano [...] en la sede de la Comisión de Trabajo Social del 5° Regimiento. En aquella reunión no habló Miguel. Al final se me acercó y brevemente me dijo: "Estoy en Somosierra. Me gustaría estar más cerca de Madrid, ser útil. Puedo escribir, trabajar con los soldados del frente, recitar poesías y manejar el fusil. Creo que puedo hacer más interviniendo en el trabajo que se ha decidido esta tarde que volviéndome a Somosierra". Unos días más tarde, Miguel estaba con nosotros y nos encontramos durante toda la guerra en los momentos más difíciles»[5].

El comandante Carlos no sólo prestó un oido muy atento a la petición de Hernández sino que le dispensó un tratamiento de hada madrina. Es difícil de otro modo explicarnos la presencia del oriolano un mes más tarde, en una reunión sobre la crítica situación del Madrid asediado, codeándose con la plana mayor de la política, el ejército y la literatura: Líster, Modesto, los dos hermanos Galán, La Pasionaria, Alberti, Hemingway y Malraux, entre otros.

A principios de febrero de 1937, el dirigente comunista italiano terminó llevándoselo en su compañía al sur con una misión precisa: «lo llevé a Jaén, donde formamos el Frente Sur, que era también un organismo de intelectuales encargados de la propaganda en campo enemigo. Y después vino conmigo a Castro del Río a organizar los guerrilleros que trabajaban en el campo enemigo»[6].

La guerra de guerrillas, pariente pobre del ejército republicano

La guerra de guerrillas viene asociada a la guerra de Independencia española y se le aplica, con carácter definitorio, el calificativo de popular. Se trata de una guerra popular, nunca en campo abierto, siempre por sorpresa, que llevan a cabo grupos reducidos de combate contra un ejército regular cuya libertad de movimientos limita, hostigando a la retaguardia y dificultando los medios de comunicación.

No tardó en considerarse a la Guerra Civil española un *remake* de la Guerra de Independencia. Antonio Machado consideró tal paralelo incontrovertible: «Sí, *mutatis mutandis*, el trance de la España de entonces era el de la España actual; entonces como hoy se luchaba por la integridad de nuestra patria y por el derecho de los españoles a perdurar en la historia»[7]. Y no dudó en considerar el 19 de julio de 1936, cuando el pueblo madrileño dio comienzo al asalto del Cuartel de la Montaña, una versión del 2 de mayo de 1808, ya que «en ambos días se inicia en verdad un levantamiento popular que había muy pronto de convertirse en defensa de la patria invadida y en tenaz campaña por la independencia española»[8].

La calificación «Guerra de Independencia» aplicada a la Guerra Civil alcanzó una insistencia de tópico y hubo poetas como Pedro Garfias que, no contento con afirmar en el poema «Independencia»: «Manchan el suelo de España/sucias garras extranjeras [...]/Que ya la guerra civil/es guerra de independencia», aplicó al conjunto de su poesía bélica: *De la Guerra Civil a la Guerra de la Independencia.* Dejaba así manifiesto el carácter final y definitivo de la Guerra Civil española. No hizo más que seguir el dictamen de la antología *Poetas en la España leal,* cuya introducción se iniciaba con este elocuente certificado de adhesión al carácter independentista del conflicto bélico: «He aquí España batiéndose por su independencia. Un vendaval de heroísmo se ha levantado en sus moradores ante el espectáculo de sus tierras invadidas por el extranjero»[9].

Entre los colaboradores de *Poetas en la España leal* figura Miguel Hernández con tres poemas de *Viento del pueblo*[10]. A él se refiere el prologuista en estos términos: «Mi-

guel Hernández, de Orihuela, en el que se funden una forma clásica a la intención de un sentimiento popular y campestre». Retengamos «ese sentimiento popular y campestre» que caracteriza a la poesía de nuestro poeta. No es otro el sentimiento que anima a la guerra de guerrillas.

Ya en el órgano de prensa de la brigada de El Campesino, *Al Ataque* (23-1-1937), Miguel Hernández se había identificado con el campesinado: «Vosotros campesinos, por experiencia lo sé, sois los que más sabéis de sufrimientos y necesidades: sed los que sepáis dar mejores lecciones de hombría». Obviamente, es el guerrillero paradigma de hombría.

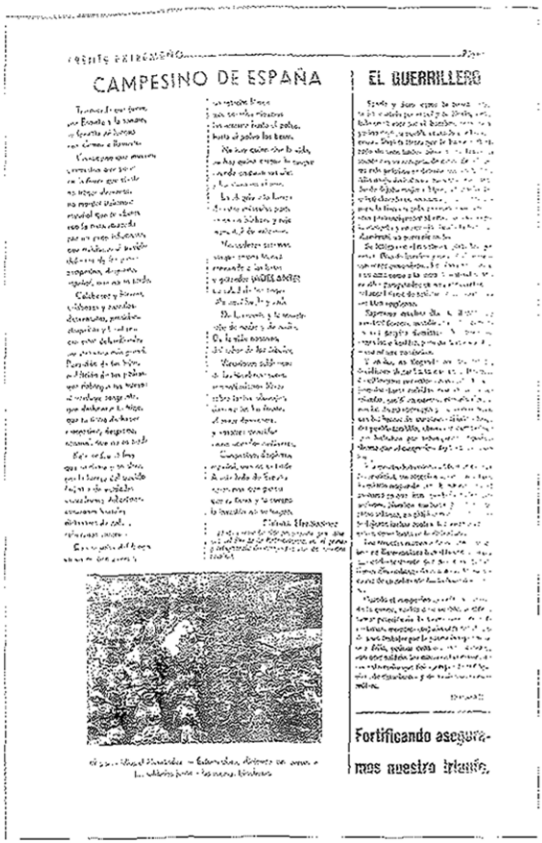
La cercanía de Bailén va a desencadenar en Miguel Hernández, a su llegada a Jaén, una proyección de la Guerra de Independencia en la Guerra Civil, resaltando el papel deteminante del elemento campesino: «En 1808, un ejército popular compuesto de gañanes, garrochistas, pastores de ganado bravo, abatieron a los invasores de Francia que codiciaron lo que hoy codician italianos y alemanes [...] Si no Jaén, infinidad de ciudades andaluzas yacen bajo las espadas chorreantes de Hitler y Mussolini, ridículas sombras de aquel Napoleón que empujó a su ocaso el pueblo de España. El 19 de julio de 1908, advertíd la coincidencia de esta fecha con la del día del movimiento insurreccional, el poderoso ejército francés cayó deshecho en Bailén en manos de los campesinos de Andalucía"[11].

La actividad guerrillera había resultado de gran eficacia durante la Guerra de Independencia, pero contó con escaso apoyo oficial durante la Guerra Civil. Curiosamente, tampoco los anarquistas se interesaron por la guerrilla a pesar de resultar una modalidad de combate de escasa ortodoxia académica, que es lo que los libertarios más detestaban.

Sabido es que en el campo republicano, las relaciones entre el Ejército Regular y las Milicias no tenían nada de cordiales. Los militares de carrera, que acaparaban la plana mayor del ejército republicano, no veían con buenos ojos la actividad bélica exclusivamente encomendada a civiles. No ocultaban el desdén que en todo profesional despierta el mero aficionado. Habida cuenta del consabido orgullo de casta que impera en los organismos militares, no es difícil imaginar el entusiasmo con que los mandos profesionales acogieron la noticia de la espectacular victoria de Guadalajara ganada para la República por un albañil (Cipriano Mera) y un cantero (Enrique Líster). Los jefes populares eran objeto de discriminación por los responsables políticos para no encrespar los ánimos de los susceptibles oficiales de academia. Pero a este motivo de orden psicológico se añadían más poderosas y graves razones de carácter político: la perspectiva de un ejército en manos de los defensores de la causa proletaria se le atragantaba a la burguesía republicana, que era la que gobernaba. Así fue como se promulgó el Decreto del 16 de febrero de 1937 por el que se limitaba la jerarquía de los elementos civiles del Ejército Popular al grado de mayor. Y habrá que esperar a que el Consejo de Ministros levante esta restricción (por decreto del 4 de enero de 1938) para que el propio Líster consiga el ascenso de comandante a teniente coronel y se le permita pasar así del mando de una división al de un cuerpo de ejército. Únicamente Juan Modesto, el comandante y entrenador de las milicias del 5° Regimiento, alcanzó el nombramiento de general[12]. Fue ya en marzo de 1939. Aunque bien claramente quedaba especificado en el título: «sin mando efectivo de fuerzas». Por si acaso.

La especificidad comunista de la guerra de guerrillas

Alexander Orlov, dirigente del NKVD[13] soviético en España, se encargó de organizar la actividad guerrillera consagrándose al entrenamiento de los republicanos es-



CAMPESINO DE ESPAÑA

EL GUERRILLERO

Fortificando asegura-
mos nuestra trinchera.

pañoles aspirantes a guerrilleros. Había ya desempeñado el mismo papel durante la Guerra Civil rusa organizando la lucha de los partisanos. Cumplía la voluntad de Stalin, *quien en diciembre de 1936* recomendaba por carta a Largo Caballero el desarrollo de una guerra de guerrillas.

Finalmente, Juan Negrín, cuando tomó posesión del Ministerio de Defensa, el 5 de abril de 1938, decidió, quizá a instancias del Partido Comunista, la constitución de un XIV Cuerpo de Guerrilleros. Su objetivo era el clásico de la guerrilla: facilitar información sobre el campo adverso y hostilizar al enemigo, obtaculizando su avituallamiento y su avance mediante ataques por sorpresa y rápidos repliegues. Pero las fuerzas de este XIV Cuerpo actuaban únicamente desde bases republicanas contra la retaguardia de los ejércitos franquistas. Escasa ayuda podían prestar a las guerrillas de León, Galicia, Zamora, Andalucía y Extremadura, esto es: a las guerrillas que operaban dentro de la zona franquista.

José Herrera Petere y Miguel Hernandez, al servicio de la causa guerrillera

Vittorio Vidali pertenecía al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista[14] y, por consiguiente, le debía obediencia ciega a Stalin. Y, en cuanto miembro de la NKVD, estaba a las órdenes directas de Orlov, quien le encomendó organizar la guerrilla en el sur. Junto con Miguel Hernández, el comandante Carlos se llevó consigo a José Herrera Petere.

¿Cómo cumplieron ambos poetas la misión encomendada?

En el borrador de un texto de José Herrera Petere sobre Miguel Hernández (que pensaba titular «A Miguel Hernández. Poeta español, comunista-católico») leemos: «Me acuerdo de dos hieráticos seres, o postes del telégrafo recitando poemas a los campe». No termina de escribir «campesinos». Tacha «campe» y corrige: «recitando poemas a los *Guerrilleros de Extremadura*»[15]. *He aquí una instantánea que Herrera Petere nos ofrece* de la misión que a él y a Miguel se les había asignado: impulsar la guerra de guerrillas.

Resulta en extremo elocuente la substitución de campesinos por guerrilleros en el manuscrito del poeta alcarreño, como si en su mente ambos términos se disputaran un

mismo significado. De hecho, la condición campesina determinaba y estructuraba la actividad guerrillera. La feroz represión de las tropas franquistas en las localidades conquistadas obligaba a huir a una población, en su mayoría, trabajadores de la tierra. Hubo quienes se limitaron a sobrevivir pero los más politizados, ya encuadrados en sindicatos o partidos políticos, se sumaron a la lucha activa incorporándose a unidades militares o bien formando grupos autónomos decididos a hostigar al enemigo. Así nacieron las guerrillas en la Guerra Civil española. Los primeros grupos aparecieron en Galicia ya en julio de 1936.

El frente extremeño resultó un terreno abonado para la actividad guerrillera. No había aún finalizado el año 1936 cuando *Milicia Popular* transmite un comunicado de Valencia sobre «un hecho heroico que se viene registrando en Montsalud, provincia de Badajoz, donde unos campesinos de Oliva, Olivenza y Jerez de la Frontera se han fortificado levantándose contra los facciosos que ocupan aquellos terrenos, causándoles en diversos combates 19 muertos y más de 90 heridos»[16].

José Herrera Petere se volcó en verso y prosa a favor de la causa guerrillera. Durante su estancia en el frente extremeño elaboró el relato: *Cumbres de Extremadura. Novela de guerrilleros*[17]. Y en el periódico *Frente Extremeño* publicó «Canción del guerrillero», acoplando su letra a la música de la canción popular «El Vito». No es difícil imaginar al autor ofreciendo al público su propia interpretación al acordeón o a la guitarra, instrumentos que manejaba con notable virtuosismo.

Sin alcanzar, ni mucho menos, la dedicación de Herrera Petere al tema guerrillero, Miguel Hernández no podía por menos de impulsar la guerra de guerrillas. No necesitaba para ello cumplir orden ninguna. A ello le movía, independientemente de la misión que le había asignado el comandante Carlos, una especial predilección por el campesinado. A esta clase social dedica su primer artículo en el *Frente Sur*: «La lucha y la vida del campesino andaluz» (fechado en Jaén el 4 de marzo de 1937), donde es cuestión, precisamente, del papel del campesinado andaluz en la guerra de la Independencia.

En relación directa con el tema guerrillero hay que situar dos textos hernandianos: «Los evadidos del infierno fascista» y «En el frente de Extremadura», ambos publicados en *Frente Sur* (28 de marzo y 8 de abril de 1937). Este último, como una especie de corolario del anterior, finalizaba con una implícita llamada a la guerrilla: «En los frentes de Extremadura, en su corazón, hay un material humano, combativo, insuperable. Es preciso aprovecharlo en toda su heroica extensión para que dé plenamente su fruto».

¿Acabó aquí la colaboración de Miguel Hernández a favor de la lucha guerrillera en el *Frente Sur*? Es posible que a las prosas ya mencionadas tengamos que añadir un texto con título por demás explícito: «El guerrillero».

«El guerrillero», un posible texto desconocido de Miguel Hernández

Hojeando el periódico *Frente Extremeño*[18] encontramos en la página 3 del n°2 (24 de junio de 1937) un artículo firmado Roldán, cuyo tono y estilo no deja de sernos familiar. Cuando leemos: «el arado inmóvil, clavado en un surco y la tierra áspera, la tierra regada con sudor...», aunque tópica ¿no es ésta una imagen con sabor hernandiano?[19]. La pregunta se impone, inevitable: ¿Es *Roldán* un pseudónimo de Miguel Hernández? No sería la primera vez que nuestro poeta no firma con su nombre. Juan Cano Ballesta y Robert Marrast atribuyeron al oriolano la prosa «Compañera de nuestros días» que unos

meses antes, en el n°1 de *Frente Sur* (21 de marzo de 1937), figuraba escrita por Antonio López. Se basaron ambos investigadores en el estilo, obviamente, y lo justificaron por «el recuerdo personal, autobiográfico [...] Probablemente es esta alusión familiar, sobre todo las palabras referidas a su madre, la causa del seudónimo»[20].

Y en nuestro caso, ¿por qué Miguel Hernández recurrió a un seudónimo y no firmó «El guerrillero» con su nombre, de pila y literario? En la prensa de guerra, con reducido cuerpo de redactores, obligaba a la adopción de un seudónimo para evitar la repetición de firmas. Recordemos que *Frente Extremeño* era un modesto periódico de doble hoja y en este ejemplar Miguel Hernández ocupaba ya la mitad de una página. Es comprensible que tuviera reparos en acaparar una página entera. Máxime habida cuenta de que era responsable de la publicación y no era cuestión de incurrir en el culto de la propia personalidad y que el lector combatiente lo considerara un *juanpalomo*.

De todos modos, si queremos movernos en un terreno más sólido tenemos que dar el paso científico que se impone : el cotejo de «El guerrillero» con otro texto, legitimado por la firma reconocida del autor y que desarrolle, si es posible, el mismo tema. Contamos, por suerte, con un artículo inconcluso pero con texto suficiente para proceder al oportuno cotejo. Se titula «Un año de guerrilla en Galicia» y diríase que Miguel Hernández ha concretizado o encarnado el carácter genérico de «El guerrillero» en un personaje cuya identidad comienza por declinar: «Domingo Mateo se llama. Es de la provincia de Orense, distrito de Valdeorras. Me lo encuentro junto a su paisano Santiago Álvarez. Es un hombre de cuarenta y dos años...»[21].

COTEJO

El guerrillero	***Un año de guerrilla en Galicia***

1.- QUIÉN ES: el guerrillero es un trabajador de recia constitución física a pesar de su vida penosa y necesitada.

Sobrio y duro como la tierra extremeña, curtido por el sol y la lluvia, señalado en su cara por el hambre.	*Es un hombre de cuarenta y dos años, enjuto, con esa enjutez de piedra que dan los soles y los montes de España a los cuerpos trabajadores [...] que saben mucho del sufrimiento y de las cosas de la vida.*

2.- CÓMO OBRA: perseguido por el enemigo, intentará incorporarse al ejército republicano pero ha de valerse por sus propios medios.

Los fascistas a su caza como a la caza de animales decidieron llegar hasta nosotros Los triunfos mayores de nuestros hombres en Extremadura han sido conseguidos casi exclusivamente por nuestros guerrilleros	*Les cercaban por todas partes los sublevados hizo repetidos intentos de infiltración no hay quien los anime si no es su propio entusiasmo; no hay quien los alimente y los dé pólvora.*

3.- QUÉ LE DEBEMOS: los guerrilleros merecen que alguien cante algún día sus hazañas.

podrán contarse sus acciones,
entonces saldrán los cantos a la bravura
de ese
extremeño
una epopeya que nadie ha escrito todavía.

Conclusión

El cotejo de ambos textos nos permite deducir que nos hallamos ante una estructura tripartita similar. Quizá podamos rubricar la misma autoría habida cuenta del carácter complementario del contenido: a la dimensión genérica de «El guerrillero» se suma la individualización específica de «Un año de guerrilla en Galicia». Nos encontramos finalmente con una especie de díptico literario de Miguel Hernández sobre el tema de la guerra de guerrillas.

¿Podemos afirmar que «Roldán», como «Antonio López», es un seudónimo de Miguel Hernández? Los responsables de la tan necesitada nueva edición de la *Obra Completa* decidirán.

De todos modos, resulta incuestionable que la adhesión de Miguel Hernández a la lucha guerrillera implica una identificacion con la causa del pueblo hasta sus últimas consecuencias. Como impulsor de la guerra de guerrillas mostraba una extrema lucidez sobre la relación de fuerzas en el campo de batalla. Consideraba necesaria esta modalidad popular de lucha para compensar, como en la guerra de la Independencia, la falta de medios bélicos en el ejército regular. Pero en esta ocasión, al revés justamente que en la Guerra de Independencia, la guerra de guerrillas tenía enfrente a la Iglesia que tergiversó una lucha de clases en guerra de religión ofreciendo así a los golpistas la base social necesaria para que un golpe de Estado fallido medrara en Guerra Civil. Y contra la Iglesia no había éxito posible.

Apéndice

Un año de guerrilla en Galicia[22]

Domingo Mateo

Domingo Mateo se llama. Es de la provincia de Orense, distrito de Valdeorras. Me lo encuentro junto a su paisano Santiago Álvarez[23]. Es un hombre de cuarenta y dos años, enjuto, con esa enjutez de piedra que dan los soles y los montes de España a los cuerpos trabajadores. Moreno, con unos ojos que se encienden alegremente cuando habla, con una alegría varonil, de hombre que sabe mucho del sufrimiento y de las cosas de la vida. Habla con el acento de dulzura que da a las voces de sus pobladores la naturaleza de Galicia: con una lentitud de lluvia lenta y buena...

Al enterarme de su procedencia, de su milagrosa incorporación al campo leal, quiero saber cuanto pueda, enterarme de lo sucedido en su región. Hoy, 11 de diciembre, sentados en una era, quitándonos el frío en una sierra de Aragón, ante el sol de la mañana, Domingo y yo conversamos. Por la carretera vecina circulan fuerzas de nuestro Ejército, silbando, cantando, tosiendo, con los capotes y las mantas apretados sobre el rostro, y el fusil sobresale detrás de sus cabezas con escarcha y con sol.

Domingo Mateo habla con sencillez, queriendo expresar con las manos aquello que no acierta a decir con la boca de momento. Inicia el relato:

Un grupo de unos doscientos campesinos, al estallar la traición del fascismo, que ocupó Galicia casi por completo desde los primeros días, se reunió en Valdeorras y decidió pasar a Asturias, ya que se le venían encima numerosas fuerzas contrarias, a las que hubiera sido inútil ofrecer resistencia. El intento de paso a la región vecina quedó frustrado porque les cercaban[24] por todas partes los sublevados. El grupo de los doscientos campesinos hubo de dividirse en tres, y uno de ellos consiguió filtrarse entre las filas enemigas y llegar hasta los frentes, donde los mineros asturianos empezaban a dictar una epopeya que nadie ha escrito todavía.

Domingo Mateo, hecho responsable de un grupo de campesinos, unos armados con escopetas, otros con cuchillos y otros con nada, hizo repetidos intentos de filtración por los montes de Lugo; pero una noche atravesando las sierras, en uno de los intentos, tropezó con tan mala suerte en la oscuridad que rodó por un terraplén y vino a disparársele la escopeta. La bala agujereó su mano derecha. Hubo de separarse del grupo que capitaneaba hasta la curación de la herida, y por este motivo perdió el contacto con sus compañeros, que tal vez pudieron salvar las enormes dificultades que las fuerzas reaccionarias ofrecían para entrar en la leal Asturias.

Domingo curó su herida en los chozos del campo con los procedimientos y medicinas usados por los lugareños. Luego se dio a indagar el paradero de los del grupo y no pudo averiguarlo. Pronto encontró otro núcleo de luchadores internado y esparcido por los montes de las provincias de León, Orense y Lugo. Les habló de formar una guerrilla entusiasmadamente: algunos dudaban, otros se negaban, otros dijeron de seguirle, y, finalmente logró decidirlos a todos, armarlos buena y malamente de escopetas y cuchillos, y comenzar una lucha sorda, expuesta, penosa, la lucha de los guerrilleros, de los hombres que ganan tantas batallas y no hay quien lo sepa sino ellos; no hay quien los anime, si no es su propio entusiasmo; no hay quien los alimente y les dé pólvora si no es su heroísmo solitario, rodeado por todas partes de peligros.

La guerrilla y los campesinos

En febrero de 1937, en una de las últimas tentativas de pasar a la tierra asturiana, fueron sorprendidos por las nevadas en el Puerto del Faro. El afán por entrar en terreno amigo les impulsaba a tramontar las cumbres. La nieve crecía, como si quisiera devorarlos: empezó por morderles los pies, ascendía silenciosa por sus piernas. Ellos continuaban subiendo en busca de las cumbres. Llegó un momento en que la nieve amenazó sepultarlos, enterrarlos sin tierra, en su frialdad devoradora. Y los guerrilleros, ante la tremenda amenaza blanca, para no hundirse, se dejaron caer rodando a lo largo de las pendientes cuajadas hasta los valles de Fonteformosa.

Domingo me pide que haga resaltar el compañerismo de los campesinos gallegos, quienes les auxiliaron y les atendieron en todas las necesidades creadas por su condición de hombres perseguidos. Compañerismo que llegaba a poner en riesgo de muerte la vida de dichos campesinos, porque los traidores mataban a quienes amparaban a los trabajadores que no se sometían servilmente. Me habla, además, del espíritu religioso de aquellas criaturas, para quienes Dios es una cosa tan pura que Domingo Mateo no se atrevía a distraer la inocente creencia, sabedor de que es el único apoyo espiritual del pueblo esclavizado y ciego.

«El día que esos campesinos tengan ocasión de comprobar los misterios de la naturaleza, podremos discutir a Dios con ellos» —comenta Domingo con su voz de lluvia despaciosa.

–Esto es muy verdad, ¿eh? Cada vez que me acuerdo [se] me corta la sangre. Iba yo en busca de más guerrilleros, ya que sabía podía encontrarlos y aumentar mi cuadrilla, compuesta de quince por aquel entonces. Era de día y no podía llevar la escopeta. En el camino oí llorar, y veo un muchacho, de unos doce años, doblado sobre una piedra, a lágrima viva. Cuando me acerco a él, veo aparecer a varios fascistas, y me escondo. Llegaron hasta el muchacho, le preguntaron por qué lloraba. «Choro porque acaban de matar a meu pai». «Cala, neno, cala —replicó el fascista que le había interrogado—. Pronto vas a parar de chorar». Le hicieron varios disparos en la cabeza y calló el muchacho sin llanto, mudo, sorprendido en su dolor de niño pobre que va a llevar el remudo a su padre y le encuentra asesinado. Los fascistas pisotearon al niño y la ropa que llevaba, y sobre el cadáver, que enternecía a las piedras, tendieron el brazo como un puñal seco y gritaron, irritados por el dolor y el color de la sangre inocente: «¡Arriba España! ¡Arriba España!». Me sentí herido de rabia. No sé cómo tuve fuerzas para sujetarme en ellas. Cada vez que recuerdo al muchacho... (Domingo muerde una interjección con toda la fuerza de su vida).

María Quiroga

Pedro Quiroga, Eladio Rodríguez, Gerardo Núñez, Benjamín y Florindo... Éstos son los nombres de algunos de los guerrilleros más combativos que figuraban en la guerrilla de Mateo. Unos han caído, otros quedan en Galicia, otros se encuentran entre nosotros con una firme voluntad de vencer al fascismo, a la invasión que intenta sojuzgarnos.

María Quiroga, hermana de Pedro, es la única mujer que acompaña a la guerrilla en sus aventuras. No interviene en ellas, pero es quien vela por la limpieza de la ropa de los guerrilleros y quien lava, cocina y zurce. Cuando el tiempo se desarrolla con rigores de lluvia, fríos o calores excesivos, queda oculta en la casa de algún campesino conocido, y, a veces, sola en las breñas. Alguna vez quedaba al cuidado del guerrillero que, en los largos recorridos y las expuestas labores de la guerrilla, salía herido o lastimado.

–¡Qué mujer más fuerte y más decidida! Ni un caballo como ella —elogia Domingo—. Cuando pudimos entrar en Asturias, lo hicimos atravesando muchas asperezas y calamidades, y ella no desfalleció nunca.

Justicia popular

Los crímenes que veían cometer Mateo y sus compañeros a los fascistas, crímenes cometidos a diario, numerosamente, en los mejores hijos de Galicia, eran vengados por los guerrilleros, que buscaban y hallaban ocasión de tomar venganza en los jefes provocadores y propagadores de los innumerables asesinatos.

Domingo describe la bajeza humana de uno de los repugnantes cabecillas, al cual consiguieron cazar y eliminar. Era un campesino enriquecido, entregado a la pasión de acumular dinero. Traicionaba su origen pobre, erigiéndose en uno de los primeros lacayos del capitalismo de una de las provincias gallegas. Desde el principio del movimiento empleaba sus actividades en perseguir, delatar, provocar la muerte o el encarcelamiento de los vecinos pobres que no secundaban sus intenciones y artes. Este individuo, en una de sus muchas correrías con trazos ridículamente detectivescos, halló unas mantas que los guerrilleros tenían ocultas en el monte. Bajó con ellas al cuartel de la Guardia Civil,

y alrededor de las mantas inventó una historia que le acusaba de valiente; según él. había conquistado las mantas en las mismas manos de los guerrilleros, a los cuales, según su mentirosa historia, había hecho correr monte arriba a chinazos. Enterados los guerrilleros de la cuestión, fueron una noche a sacarle las mantas de la casa del bajo detective. En la plaza del pueblo advirtieron pisadas y murmuraron «¡alto!», de modo que sólo quienes se acercaban pudieran oírlo. Pero el ruido de un gatillo levantado rápidamente les advirtió que aquellos no venían dispuestos a detenerse. Hicieron fuego y abandonaron el lugar. Al día siguiente supieron que el individuo que les hurtara las mantas amaneció muerto en medio de la plaza.

En un Ayuntamiento de la provincia de León, dictaba órdenes sangrientas el alcaldillo del mismo. La guerrilla tuvo conocimiento de la maldad y se internó en los montes próximos al lugar donde residía el dañino. Y espera que te espera, hasta que le cogieron. Enterados los guerrilleros de que el alcalde había de hacer un viaje en determinada dirección, se pusieron en acecho cerca del camino por donde forzosamente había de transitar. Venia el tal entre varios falangistas cumplidores de sus tristes sentencias. Cuando le tuvieron a tiro, hicieron fuego sobre él, los otros huyeron, y el alcalde pretendía escapar herido entre unas peñas. Se le remató, se le arrojó a un río próximo al camino.

NOTAS

1.– José Herrera Petere, *Acero de Madrid. Epopeya*, Barcelona, Laia, 1979, p. 83.

2.– Agradezco a Jesús Gálvez Yagüe la comunicación de este documento.

3.– Rafael Alberti, *Prosa. Memorias*, II, Barcelona, Seix Barral, 2009, p. 354.

4.– «Un acto en el Ateneo de Alicante», *O.C.*, III, Madrid, Espasa Calpe, p. 2228. Pasemos por alto este ligero fallo en la contabilidad militante: desde primeros de octubre a primeros de febrero no han transcurrido cinco meses sino cuatro.

5.– Vittorio Vidali, *Spagna, lunga bataglia*, Milán, Vangelista editore, 1979. Citado por Maria Dalla Rizza en su tesis doctoral: *Miguel Hernández, estudio biográfico* (Università de Padova. Anno académico 2004–2005).

6.– Citado por Juan Cano Ballesta en introducción a *Viento del pueblo*, Madrid, Cátedra, 1977.

7.– «Juan Martín "el Empecinado"», en *Prosas sueltas de la guerra [1936–1939]*.

8.– «El 2 de mayo de 1808», *ibid*. Favorecía la superposición de ambas fechas el hecho de que la Montaña del Príncipe Pío (de donde le venía la denominación al Cuartel de la Montaña, cercano a la plaza de España y no lejos del Palacio Real) fue el escenario de los fusilamientos del 2 de mayo de 1808 que inspiraron a Goya el cuadro así denominado.

9.– *Poetas en la España leal*, Madrid–Valencia, Ediciones Españolas, 1937.

10.– Son «Recoged esta voz», «Llamo a la juventud» y «El niño yuntero».

11.– «La lucha y la vida del campesino andaluz», *O.C. Prosas. Correspondencia*, III, Madrid, Espasa Calpe, p. 2188.

12.– Enrique Líster llegó a general, pero del ejército soviético en cuyas filas luchó durante la segunda guerra mundial.

13.– Iniciales en ruso de Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos. Era la policía política soviética. Posteriormente denominada KGB y, a partir de 1991: FSB (de cuya dirección pasó Poutine a ocupar la presidencia de Rusia). Sobre el papel de los agentes soviéticos en España durante la Guerra Civil española y, en particular, del siniestro Orlov, es imprescindible: Ángel Viñas, *El escudo de la República*, Barcelona, Crítica, 2007.

14.– Komintern (Internacional Comunista) se denomina a la Tercera Internacional (1919–1943). Interviene en la Guerra Civil española política y militarmente con los voluntarios de las Brigadas Internacionales, conseje-

ros (políticos y militares) y armamento. Fue reemplazada en 1947 por la Kominform (Oficina de Información de los partidos comunistas y obreros).

15.–Aitor L. Larrabide, «La huella de Miguel Hernández. Textos inéditos de José Herrera Petere», *Letras de Deusto*, 126 (enero–marzo de 2010), p. 201.

16.–«En Extremadura. El heroismo de un grupo de campesinos», *Milicia Popular*, 106 (21 de noviembre de 1936).

17.–Sobre los avatares de la edición de esta novela y su dimensión social y literaria aconsejamos al lector el estudio de Mario Martín Gijón, «*Cumbres de Extremadura*. Culminación de la literatura de guerra de Petere», en *Entre la fantasía y el compromiso. La obra narrativa y dramática de José Herrera Petere*, Sevilla, Renacimiento, Biblioteca del Exilio, 2010, pp. 126–156.

18.–Se publicó en Castuera desde el 20 de junio hasta el 25 de julio de 1937. Once números en total, aunque el n°10 no se ha podido hallar. La Diputación de Badajoz ha reeditado una edición facsímil del conjunto (la primera tuvo lugar en 1992) con ocasión del centenario del nacimiento de Miguel Hernández.

19.–A esta paternidad se ha mostrado sensible mi colega y condiscípulo Cecilio Alonso, de quien oí por primera vez el nombre de Miguel Hernández ya hace medio siglo.

20.–*Miguel Hernández. Poesía y prosa de guerra y otros trextos olvidados*, Madrid, Ayuso, 1977, p. 32.

21.–Cf. en apéndice la integralidad y avatares del texto no incluido en la *Obra Completa*.

22.–En *Pasaremos* (órgano de la 11ª División–Líster), núms. 76 (12-III-1938) y 78 (6-IV-1938). Hemos dado a conocer esta prosa en *Tiempo de Historia*, septiembre de 1977. Allí reprodujimos las tres ilustraciones del texto original: una foto del protagonista Domingo Mateo y dos dibujos (una pareja de guerrilleros en armas y la detención por tres guardias civiles, en un monte, de un hombre desarmado).

A María Gómez y Patiño que publicó las dos entregas en el suplemento *Artes y Letras* del diario *Información* de Alicante (29 de diciembre de 1994), Santiago Alvarez le comentó: «Estos dos artículos los escribió Miguel Hernández cuando estábamos en la batalla del Ebro, por la circunstancia de que había venido este guerrillero, Domingo Mateo Doval. Llegó allí y fue la novedad, y Miguel Hernández escribió su artículo. Pero resulta que no pudo publicar la continuación de su artículo por una razón evidentemente muy poderosa. Cuando estábamos en la batalla de Teruel, vino el contraataque del enemigo que reconquistó Teruel y que después siguió atacando por esa zona y se hundió el frente de Aragón. Entonces Miguel Hernández se quedó de este lado, del lado de Teruel. La 11ª División, que siguió combatiendo en todo ese tiempo, pasamos al otro lado, al lado de Cataluña. Es decir, se cruzó el río Ebro. El periódico *Pasaremos* y toda la redacción se quedó por tanto al otro lado del Ebro, al lado de Cataluña. Miguel Hernández no pudo continuar su relato porque, además, Domingo Mateo se fue del otro lado. Ésa es la historia de esos artículos que no pudieron publicarse».

Es sorprendente la memoria de un Santiago Álvarez que, a sus 82 años, nos restituye el segundo apellido, Doval, del héroe del relato. Sin embargo, la localización cronológica es discutible. Hernández no pudo escribir estos artículos durante la batalla del Ebro, puesto que se publicaron en marzo y abril de 1938, y la batalla del Ebro no da comienzo hasta el 24 de julio del mismo año.

El propio poeta fecha, con precisión de cronista: «Hoy, 11 de diciembre [...] en una sierra de Aragón...». El 11 de diciembre de 1937 se está preparando la ofensiva de Teruel, que se desencadenará tres días más tarde. No se trata, pues, de la batalla del Ebro, sino de la de Teruel. Pero no creemos que se trate de un error por parte del comisario político. Nos inclinamos por un lapsus, ya que, en su comentario, enlaza inmediatamente con la batalla de Teruel.

23.–Como comisario de guerra, el máximo responsable político de la 11ª División. No sólo los jefes político y militar son gallegos (Santiago Álvarez es de Ourense, y Enrique Líster, de A Coruña) como Domingo Mateo; todo un batallón está integrado exclusivamente por voluntarios de Galicia: las Milicias Populares Gallegas, más conocidas por el Batallón Gallego.

24.–En el texto se lee «cerraban». Lo consideramos una errata por «cercaban».